

En el Camino de la Verdad Histórica

Por Pablo Antonio CUADRA

“Desde que las tribus de Israel, cruzaron el Jordán para internarse en Palestina, nunca se había visto conquista de un país, tan impregnada de intención religiosa y mística”.

Waldo Frank

I

LA OBRA DE LA FE

La historia de América comienza en España

En nuestras historias elementales—que suelen ser elementalmente falsas—se les enseña a los niños que Colón descubrió “la América”. Se les habla de

una América, de la misma que ellos ven redonda y homogénea en el mapa; como si fuera una unidad ya construida, **una cosa** ya hecha la que Colón encontró al doblar un recodo del horizonte en 1.492.

El niño americano, precisamente porque cree que esta América que le rodea ha sido siempre así, y aún mejor según ciertos maestros, se adhiere a ella con su imaginación y, colocando las fechas antiguas en el paisaje y en el ambiente presentes, se construye la idea de un Cristóbal Colón que **viene** a él—a él en América—como quien mira desde la costa un barco que se acerca en el mar. Nadie se preocupa de explicarle que en aquella época ningún pensamiento suyo, ni su lengua, ni su fé, ni gran parte de sus sentimientos estaban en estas tierras, sino que venían, navegantes, en las tres caravelas. En esas caravelas venía la unidad que hoy encuentra, la civilización que hoy recibe en herencia, la religión que profesa y hasta la misma palabra “América” con que hoy designa a lo que entonces era innumerable. ¡Hemos ignorado que el niño, si quiere descubrir su verdadera historia, debe embarcarse con Colón y llegar a América, como quien viene del pasado—por el mar—a construir su porvenir!

El niño debe saber que Colón no descubrió **una** América, sino recobrar su pasado donde fue descubridor. Hablo del niño de sangre española, tanto como del mestizo y del indio. Todos ellos, todos nosotros, en algo más sublime que la sangre, venimos de España: en nuestra dignidad de hombres, y en nuestra Cultura.

El niño debe saber que Colón no descubrió **una** América, sino que descubrió unas tierras, partes de un continente, donde múltiples razas en variadísimos climas y con muy diversas costumbres vivían sus diversas primitivas civilizaciones, sin más contacto—entre muchas de ellas—que el que pudiera existir, en ese entonces, entre un noruego y un japonés. Si un morador de la tierra americana que hoy se llama Argentina hubiera llegado, en una de las tres carabelas, a la Isla de San Salvador, se hubiera sentido tan descubridor como Cristóbal Colón. Pero, su descubrimiento no hubiera dado a luz **una** América, a no ser que tras su carabela—como detrás de las carabelas colombinas—atracara en estas tierras un gran espíritu unificador y creador de cultura como era y es el católico espíritu hispano. El niño debe perder la idea de que América fue un hallazgo de Colón. **Colón descubrió únicamente el camino para que América pudiera ser descubierta y construida unitotalmente.** Sólo así, el pequeño estudiante, podrá construir y reconstruir su historia. Dejando la brújula en el mar y entrando a tierra con la espada. Y con la Cruz.

Es necesaria esta perogrullesca explicación para rectificar la raíz misma de la visión histórica del hispanoamericanismo, desorientado desde su infancia. El “indecoroso siglo XIX”—como Rubén lo llama—nos enseñó muchísimas falsedades. Pero hizo algo peor: usó de verdades a medias en contra de la verdad. Historiadores bondadosos dejaron en toda su grandeza y extensión la gesta de Colón—sublime **gesta-preludio!**—pero redujeron y dedujeron y reprimieron la epopeya de los hispanos, con lo cual se le dió al Almirante toda la gloria de la existencia de América, como si el descubrirla fué construirla, y como si la palabra “América”—designando a todos los países hispanos de hoy—no fuera obra de una larga, heroica y sin igual cruzada unificadora. El “colonismo”, de este modo, ha pasado de meritoria labor de exaltación del gran navegante, a negación silenciosa, malvada y anti-histórica del prestigio de nuestra tradición hispana y de los grandes constructores de esa tradición. Así fue posible que, durante todo un siglo, los antiguos estudiantes de esa mediocre historia, poblaran nuestros parques americanos de estatuas a Colón, mientras ignoraban voluntariamente o vilependiaban a los conquistadores y a los misioneros, **sin los cuales nunca hubieran conocido a ese mismo Colón y menos apreciado el mérito civilizador de su venida.** ¿Qué sería del Perú si sólo llega Colón a las islas antillanas y no hace luego su entrada quijotesca a tierras incaicas el acerao marqués don Francisco Pizarro?...

Es, pues, necesario comenzar por el principio, y en el principio era la Barbarie. América no era América sino un continente poblado de tribus, nómadas unas, mezquinamente cavernarias otras, salvajemente nacionalistas algunas, e imperios de esclavitud o despotismo las más adelantadas en sus organizaciones. Cuando había contacto—entre las más cercanas—ese contacto era el de la guerra, o el de la sumisión cuando la derrota, o el de dependencia brutal en el mejor de los casos. Después, ninguna unidad. Si acaso, alguna que

otra civilización material; nunca una Cultura. De ahí que, más que Europa, fue la misma América quien conoció—por Colón y los descubridores—a la América (1).

(1). Entre los pueblos indoamericanos más adelantados no se llegó a la domesticación de animales (excepto los Incas), ni al uso de los metales para fines utilitarios, ni a la conquista de la rueda. Pero sobre todo, ignoraron dos cosas básicas para penetrar en lo que exactamente se llama Cultura: la escritura—tan importante para la vida espiritual como la agricultura para la material,—y el Derecho—o sea, el reconocimiento social de la dignidad de la persona humana. Por esto podemos decir, aplicando científicamente la palabra, que su estado era el de barbarie. El hecho de que los indios—en algunos de sus conglomerados, minoritarios entre la gran masa primitiva de pueblos continentales—llegaran a conquistar admirables alturas en ciertos órdenes como por ejemplo los Mayas en astronomía y matemáticas, los aztecas e el arte arquitectural y la orfebrería, los Totonacas en las artes plásticas, . . . c., no dá derecho para llamarlos civilizados, porque, en primer lugar, mientras alcanzaban esas alturas en ciertos órdenes, en otros órdenes más importantes—como los referentes a la espiritualidad humana—se quedaban en escalas infrahumanas. Y, en segundo lugar, porque, debido—precisamente—a esa barbarie espiritual, sus alcances de civilización se quedaron estancados, de tal modo que, cuando llegaron los españoles, los más altos esfuerzos intelectuales del hombre precolombino ya habían descendido y se encontraban en decadencia y aún casi sin historia entre los mismos indios.

La Historia que es conciencia de unidad en el tiempo, y la Cultura que es la conciencia histórica con conciencia de universalidad en el espacio, no fueron alcanzadas por ningún pueblo indio. Ni siquiera podemos encontrar superioridad de parte de los indios de América con respecto a civilizaciones tan antiguas y primitivas como la Mesopotámica y la Egipcia. De este modo pueden explicarse fácilmente algunas exageraciones en el desprecio, de parte de los españoles—que llegaban en pleno siglo de oro de sus letras y artes, en el florecer maravilloso del Renacimiento—por las manifestaciones artísticas de los indios, interesantes, maravillosas algunas, pero indudablemente bárbaras. Si esto lo sabemos nosotros, verdaderamente apasionados por ese arte indio tan profundo, misterioso y vital y que hemos abierto tanto nuestra alma en cuanto a la libertad de los cánones de belleza, ¿qué podían decir los hispanos, cuyo sólo cánón de belleza era el occidental grecolatino, del que estaban, con mucha razón, orgullosos, satisfechos y en pleno enamoramiento? Los contemporáneos de Velázquez, del Greco, de Rivera, de Zurbarán, ¿podían dar un salto de siglos y adquirir nuestras admiraciones por lo primitivo, admiraciones que en gran parte son efecto de cierto cansancio, de cierta saturación del hombre de nuestro tiempo, que necesita exitantes poderosos para satisfacer sus gustos?

Así, pues, históricamente, lo indio no cuenta, sino como algo estático que es cogido por la dinámica historia de España para absorber sus grandes valores (que el mismo indio dejó sin continuidad), amasarlos con jugo occidental y cristiano de universalidad y ponerlos luego en juego—por el mestizaje—para dar al mundo la nueva cultura hispanoamericana, fruto nuevo de Occidente que todavía gestamos.

No es mi objeto resumir las costumbres, la vida y las diversas organizaciones político-sociales y religiosas de esa heterogeneidad de pueblos indios de las Indias. Para la finalidad de este trabajo me basta con dejar expresadas las líneas más elocuentes de lo que pudiera llamarse—si no fuera tan baja—su cultura espiritual media. **SI ALGUNOS CONGLOMERADOS INDIGENAS LLEGARON A DESCUBRIR, CON CIENCIA, CIERTOS SECRETOS DE LA NATURALEZA; NINGUNO DE ELLOS FUE CAPAZ DE LLEGAR, CON SABIDURIA, A LOS SECRETOS DEL HOMBRE.** La barbarie eso es: el desconocimiento del hombre. De la personalidad humana. La América de hoy día nos dá el ejemplo de muchos bárbaros vestidos de frack, La América de ayer, más sombría pero tal vez más ingenua, nos los entrega desnudos en su mayor parte, ejercitando el canibalismo, ignorando el derecho y la justicia, dedicados a los más bestiales excesos antinaturales y dándole carácter institucional a la matanza idolátrica y antropofágica, a la esclavitud y al despotismo. Por eso, podemos concebir el éxtasis de un arqueólogo ante las manifestaciones precolombinas, nunca la admiración de un humanista.

Las Indias no solamente estaban divididas por el desconocimiento material entre sus pueblos, sino por el vacío intelectual de las ideas universales. La familia, la estirpe, la independencia, la libertad, la hermandad, la Justicia, el Derecho de Gentes, apenas podían balbucearse cuando el mismo hombre ignoraba su augusta personalidad humana y su dignidad.

Un sólo recuerdo de aquella tenebrosa edad nos puede dar una idea clara y terminante del concepto que nuestros antepasados precolombianos tenían de su dignidad humana. En el Imperio Mexicano, “pactaban los pueblos vecinos tratados no de paz, sino de guerra—el xochiyayotl o guerra florida o santa—según los cuales dichos pueblos se comprometían a salir a guerrear varias veces al año, no para fines de conquista, sino sólo para hacerse prisioneros que sacrificar a sus dioses y que devorar en sus festines” (1).

(1). “El imperio Incaico fué el único que supo formar una nación grande, con unidad de poder, de instituciones y de lenguaje, porque—según Esquivel Obregón—fué el único pueblo de América que supo conservar un animal doméstico para formar su ganado. Fue el llama domesticado y aprovechado para la carga, la alimentación y el vestido, el que elevó la constitución social del reino de los Incas”. La fantasía de los liberales y de los indigenistas exageró este dato hasta construir una fábula mayor acerca de la paradisíaca y superior cultura incaica. Pero, en verdad, la superioridad sólo es aceptable al comparar a los Incas con el resto de la América precolombina; es decir, al comparar una barbarie menor con una mayor. Porque en cuanto al concepto que este pueblo tenía del Hombre y de los grandes valores humanos de la Cultura, la medida es bajísima. Los Incas fueron tiranos sin ley ni respeto alguno al derecho de la sociedad y de la personalidad humana. Practicaba su pueblo, aunque en menor escala, el canibalismo. El número y degradación de sus vicios era grande, o mejor dicho, espantable. Y su vida social se basaba

Pero, si se dice que el padre Las Casas fué el defensor de los **derechos de los indios** (a mí se me hace que más bien entorpeció mucho el porvenir de ellos, como luego lo probaré), recordemos tan sólo que el Padre Las Casas era hispano. Se necesitó el Padre Las Casas para que los indios tuvieran derechos. Los derechos de los indios jamás los conocieron los indios. No los reclamaron nunca ante la tiranía de los caciques aztecas o incas. La mayoría de los indios no sabían trabajar libremente. Para sacarlos del trabajo de esclavitud fueron necesarios métodos que graduaran ese paso de la esclavitud a la libertad. Hoy que América ya posee la libertad, se vuelve airada contra las Encomiendas, que eran el escalón por donde tenían que subir los trabajadores bárbaros para ser trabajadores libres. Sin ese escalón ellos nunca hubieran dado el salto. Desde la libertad es posible hablar de las "encomiendas". Sin embargo los indios, desde la esclavitud, nunca reclamaron por su esclavitud a nombre de un derecho. Hay "Leyes de Indias" para legislar a favor de los indios, pero no hay leyes aztecas para legislar a favor de los esclavos aztecas. Como dice el eminente historiador mexicano T. Esquivel Obregón: "Las Leyes de Indias que prohibían usar a los naturales para el transporte de carga eran, junto con la prohibición de la antropofagia, la primera noticia de que aparecían en nuestra tierra el derecho y la dignidad del hombre".

Sólo así comprenderemos cómo en el principio era la Barbarie. Todo lo que hoy se habla en defensa de esa época bárbara nos lo enseñó una época de cultura. La barbarie no sabe que es bárbara. Y eso es lo que hace bárbara a la barbarie.

Entre esta época precolombina y nuestra Historia hispanoamericana es inútil buscar un enlace histórico. El enlace es de otro orden, como veremos más tarde, pero no histórico. Cansan en de-

en la esclavitud. En fin, no dejaron a la posteridad ni una sola conquista humanística aprovechable. No las conocieron. Su bajo nivel cultural fue completamente inundado por la alta marea occidental. Y en cuanto al "comunismo incaico" tan alabado por Haya de la Torre y tan traído y llevado por el opaco marxismo de sus secuaces, ninguna palabra mejor para refutarlos que la del maestro Pablo Martínez del Río. Dice este gran arqueólogo: "Algunos románticos de ahora, en su entusiasmo por nuestros pueblos aborígenes, aluden vagamente al "comunismo" que, según dicen, imperaba entre ellos, para llegar a la conclusión de que se hallaban muy por encima de casi todos los países modernos. Yo no quiero discutir aquí si el comunismo marxista implica verdadero adelanto; en otras palabras, si significa que, en su proceso evolutivo, una sociedad humana que acepta dicho sistema sube *ipso facto* a un peldaño superior en la escala del progreso. Pero lo que sí desearía decirles a aquellos señores es que el supuesto "comunismo" (en la realidad, sumamente relativo) de los antiguos pueblos de este país no constituía señal de adelanto sino algo diametralmente opuesto: falta de cristalización de conceptos, cosa que más bien tiende a que los coloquemos más bajos en la expresada escala respecto a sociedades saturadas de capitalismo como fueron Mesopotamia y Egipto".

masía los intentos románticos o revolucionarios de tantos historiógrafos—y sobre todo “políticos”—que procuran conectar, a base de literatura, nuestro presente histórico con ese pretérito sombrío, que para algunos es nuestro “preludio histórico” o infancia, y para otros algo más: la verdadera raíz de nuestra historia, cubierta ahora por una inundación extranjera—la hispana—, pero con toda la fuerza reivindicadora para saltar a flor de tierra, en un futuro revolucionario e indigenista, y dar el verdadero árbol histórico de América.

Pero la historia es una obra de responsabilidad dentro de una conciencia de continuidad. La época precolombina, por bárbara, no tenía ese carácter ni esa conciencia, así que ella sólo colaboró con una masa humana—y sus adherencias vernáculas,—a la cual la Hispanidad dió conciencia de continuidad y la hizo responsable de una obra, con lo cual pudo ya operar históricamente.

No es, pues, el indigenismo bárbaro, un período en el que podamos encontrar un preludio de nuestra historia, sino un **estado** de decadencia, de postración, de enfermedad. El indigenismo no fué ni será nunca la niñez de la América sino el pecado de América, es decir, la inexistencia de historia, o la negación de ella. El pecado, ayer. La tentación, hoy. (1).

El indigenismo había hecho florecer, en su barbarie, varias elementales civilizaciones. Esas civilizaciones fueron incorporadas a una cultura por la Hispanidad. No hay allí un comienzo rudimentario, sino una base. No hay siquiera, en relación con nuestra historia presente, un primitivismo o principio generador, sino un decaimiento o desastre que necesitaba regeneración. Del desastre se salvó la base humana, la base psicológica, y todos aquellos elementos del léxico, del arte, de lo nativo, de lo folklórico, de lo hondamente vital del indio que eran capaces de subsistencia en lo cultural. Pero lo que definía aquella época no pudo subsistir porque era lo bárbaro. De ahí que nuestra historia hispanoamericana desde que ES, es hispana. Netamente cristiana.

Como “americanos” no podremos nunca reclamar esa liga **histórica** con el pasado indígena precolombino. Podríamos si acaso intentarlo como nagrandanos, como chorotéganos, como niquiranos... (ni siquiera como nicaragüenses), o como aztecas, como mayas, como totonacas... (ni siquiera como mexicanos); es decir, podríamos hacerlo reduciéndonos a moléculas tribales y barriendo, al mismo tiempo, la labor universalizadora de cinco siglos, olvidando la lengua y todos los vínculos que han nacido sobre aquella babélica disgregación que queremos asignarnos como origen de nuestra tradición. Pero aquí mismo vemos cómo la **historia** de América o la de

(1). Como esa época era un pecado —nuestro pecado original histórico— llevamos aún su lastre en el fondo de nuestra naturaleza americana. A ese **estado** había llegado el hombre degenerado por el desconocimiento de sí mismo y de sus fines. La Hispanidad nos sacó de él. La rebeldía contra la Hispanidad nos retornará a él. Recordemos el axioma de Alfonso Alamán “A civilización decadente, barbarie renaciente”.

cualquiera de sus naciones se agrieta, destroza o destruye ante tan brutal sacudida **reaccionaria**, para no encontrar nada al cabo, porque aquel pasado dejó ya de funcionar—¡civilización muerta que ha perdido, la posibilidad de evolucionar! al ser vencida, superada y asimilada por la Hispanidad. ¡La historia no puede hacerse pasar por el ojo de aguja de la barbarie!

Así, pues, retrosiguiendo hacia el pasado la línea de la historia, llegamos a un momento en que ésta se desvía y abandona la tierra, cruzando el mar hacia España, y luego, peregrina de siglos, hacia Roma, Grecia, y Jerusalén.

“De lejos vienen los vientos,
de lejos mis pensamientos”

dice un cantar indio, que parece indicar—ahí donde la sangre pudiera decir otra cosa—la vieja ruta, ruta atlántica florecida de vientos aliseos, de nuestra milenaria cultura greco-romana y católica.

Esto mismo expresaba, con palabras insuperables, un moderno escritor argentino: “Continuamos la historia de España aquí en América, al mismo título que los habitantes de la Península la suya; ella nos es común hasta que se bifurca por el trasplante; Pelayo está a la misma distancia de unos y de otros, y tan nuestros como de ellos son la lengua y el romancero y los grandes capitanes de la conquista. Tenemos una manera peculiar de ser españoles que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos” (1).

(1). Al adelantar la publicación de estos dos capítulos, aislados del resto del libro, quiero poner esta nota explicativa con algunas ideas que desarrollaré con amplitud posteriormente y que creo necesarias para la completa inteligencia de mi estudio: La necedad del llamado “indigenismo” consiste en esa absurda oposición a la historia, queriendo destrozar su irreversible trazo, para lograr un utópico recobro de lo que nunca fué historia, de lo que al venir los españoles era ya, con una excepción, decadencia, y de lo que en nuestros días es solamente arqueología, cosa concluida e inconectable en el orden histórico. El indigenismo historicista es el peor enemigo del verdadero indigenismo. Porque el indigenismo único, el indigenismo fecundo, el indigenismo obligatorio es el que nos ofrece, para reanudarlo, la tradición hispana; cristianizar, culturizar al indio. Sin embargo, esta culturización no es una imposición desplazante de lo español sobre lo indio, sino un **mestizaje**. Y dentro de la ecuación del mestizaje, la cifra de elevación la dá lo hispánico, como lo indígena dá la cifra de profundidad. En el barco de Hispanoamérica, el timonel es lo español, y el timón lo indio. Por tanto, una vez recobrada la dirección histórica—¡el piloto va en la altura!—el indio deja de ser arqueología para convertirse en algo vivo y sustancial para esa misma historia—¡sin el timón que va en la profundidad, rasgando la entraña viva del elemento, de nada sirve el timonel!—Como lo haré ver en la “conclusión” de mi libro: el destino de América—el destino de la Hispanidad en América—es proseguir en evolución, hasta su plenitud, el interrumpido desarrollo de la ecuación de mestizaje—mestizaje en todos los órdenes—que planteó nuestra historia en sus orígenes. Y para el desarrollo de esa ecuación de mestizaje, tenemos que usar lo orientador y selectivo del catolicismo hispánico

La historia de América se inicia como cruzada

Venir de España, con la Historia, es venir como cruzados. Sabernos españoles es sabernos cristianos. Por eso los que no quieren una "cristiano-américa", no quieren "hispano-américa", sino "indo-américa". Yéndose a la Barbarie, a la no-historia—para no acatar la Verdad cristiana—rinden el mejor tributo a la Historia nuestra, QUE COMENZO, precisamente, PARA TRAER LA VERDAD A LA AMERICA.

La historia de América se inicia como cruzada. Al perderse la tradición de la Cristiandad en Europa, España se desesperó de la vida europea y quiso salvarla. Pero Europa estaba empeñada en perderse. Y, de este empeño de Europa en perderse y de esa desesperación misionera de España por salvarla, nació la grandeza de América. Porque América se hizo con el modo heroicamente desesperado de la Conquista que fue el escape de la voluntad misionera de España, que fracasando en la salvación del Viejo Mundo, puso toda su esperanza en salvar al Nuevo. La Verdad que allá se desechaba, se sembró aquí y se regó heroicamente con sangre. La Verdad que Europa desechaba se recogía desesperadamente para la Hispanidad. Parecía que la Verdad, arrojada del mundo, tomaba carta de ciudadanía en España y por medio de España se formaba un mundo para ella. Ese mundo formado para la Verdad fué nuestro mundo hispanoamericano. Nacimos, no a una cultura cualquiera, sino a la precisa Cultura del Culto verdadero. Nacimos en unión hipostática a la Verdad. De tal modo identificados al culto de esa verdad—el Evangelio—que comenzamos a ser americanos cuando

en una constante penetración, compenetración, absorción de lo indio. Porque esas son las raíces y por medio de esas raíces tiene que recibir su vitalidad, su savia telúrica, su jugo autóctono, el árbol frondoso de la Hispanidad en América.

Sólo la posición indigenista de las izquierdas puede ser tan absurda como cierto hispanismo bastardo, dichosamente poco extendido y hediondo a racismo, que sólo toma en cuenta lo español—queriendo árbol frondoso pero sin raíces,—sin acordarse que sin **mestizaje** la Hispanidad en América deja de ser Hispanidad. Que sin indio no hay americano, porque rompemos las conexiones (como los anglosajones del Norte que son, trágicamente, extranjeros en su tierra) con las hondas y ricas raíces de nuestra naturaleza y de su vitalidad nativa.

Recobrada la historia, recobramos al indio. De otra manera nos perdemos con el indio (indigenismo siniestro) o nos perdemos sin el indio (hispanismo racista). Hay que decirlo con garbo: si no se hubiera usado la palabra "indigenismo" como una etiqueta equívoca, con frecuencia de color marxista, el verdadero adjetivo que corresponde al hispanismo en América, es "indigenista". Esta es nuestra "manera peculiar de ser españoles". Hacer que lo español sea americano. Que lo sea hasta producir, en plenitud de cultura, esa gran fórmula cultural humana, esa gran síntesis nueva de Occidente que, según dije, estamos gestando y que el mundo espera con vastos anhelos y pronunciadas profecías.

comenzamos a ser cristianos. El pueblo, nuestro pueblo nunca dice "un americano"; dice "un cristiano". Es nuestro nombre propio. Porque América fue bautizada al nacer. Y fue descubierta para que fuera bautizada, y las aguas de su Tradición comenzaron a correr con las primeras aguas de su bautismo.

Conocida es la cláusula del testamento de Ysabel: "Nuestra PRINCIPAL intención fue (al descubrir y conquistar las Indias) de procurar inducir y traer los pueblos de ellas a nuestra Santa Fe Católica... e les enseñar e doctrinar buenas costumbres".

Conocida es también—aunque no cuanto se merece—la Ley Primera de Indias, **fé de bautismo** de América, que comienza, para nuestra nostalgia!, con aquella proclamación de Cruzada o "Exhortación a la Santa Fé Católica y cómo la debe creer todo fiel cristiano".

Los Reyes dan la consigna. En 1526 el Emperador Don Carlos ordena: "Que en llegando los Capitanes del Rey a cualquier provincia y descubrimiento de las Indias hagan luego declarar la Santa Fé a los indios". Y Su Majestad don Felipe II, en 1573, regula la labor de la espada al servicio de la cruz, dictando la ley IV, cuyo título dice "Que no queriendo los indios recibir de paz la santa fé, se use los medios que por esta ley se mandan". La espada se dá como "resguardo y prevención". Para "pacificar y persuadir". "...Y por este medio, y otros que pareciesen más convenientes, se vayan siempre pacificando y doctrinando los naturales, sin que por ninguna vía ni ocasión puedan recibir daño, PUES TODO LO QUE DESEAMOS ES SU BIEN Y CONVERSION".

Sin embargo, la "leyenda" opone a la "Historia" el oro. ¡El oro contra la Fé! Y escribe: "Los reyes podían hacer una propaganda religiosa para justificar ante el Papa la conquista, pero los conquistadores no necesitaban esta política sino el oro; y buscando el oro conquistaron América". ¡Nadie calumniaría a una fiel desposada por la sortija de oro que luce en su mano, diciendo de ella que ha buscado la sortija y no al esposo! Los conquistadores sabían su deber y el deber para ellos fue siempre lo primero. Pero tenían un haber. Y podían desear una sortija hermosa cuando tanto exponían en su desposorio con la aventura. En otras palabras, no hay contradicción entre el oro y la fé. Había jerarquía de valores, jerarquía de aprecio, y eso es lo que se oculta o ignora. Hemos pasado tan crueles trabajos—dice Bernal Díaz—"por servir a Dios y a su Majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también(añade con leal realismo) por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos". El conquistador contraía un compromiso con la Fé, pero también comprometía su esperanza pensando en el premio de su esfuerzo. El Conquistador era un Misionero que no había hecho voto de pobreza. Sólo en casos excepcionales traicionó lo que creía su deber por lo que le pedía su codicia. ¡Lo contrario fué su regla: utilizar el oro conquistado en nuevas empresas que no prometían más que sufrimientos y sacrificios heroicos! Traicionar al Oro cortejando la aventura y el peligro. Si en los Conquistadores ha-

bia apetito de riqueza, la historia de la Conquista nos viene a demostrar que aquellos grandes hombres sabían—sobre todo—vencer ese apetito. ¡Nunca escribió la espada tan alta epopeya para glorificación de la austeridad! (1).

El Conquistador hipotecaba su esperanza desde el comienzo, al firmar su contrato con la Corona. “Los gastos y riesgos, todos a cuenta del Conquistador, las ganancias a medias. Si la jornada salía mal el aventurero quedaba arruinado, el Rey no perdía un maravedí”. (2). Así se hizo América...

Luego, ya en la aventura, el oro del desprendido Conquistador era sólo un sirviente, un esclavo de los otros ideales mayores—como el proselitismo religioso, el fervor nacional y monárquico, el ansia viva de honra y fama—que primaban en su alma quijotesca. “Hernán Cortés y los que con él vinieron, traían el propósito de lucro—dice Esquivel Obregón,—pero Cortés puso en peligro sus tesoros cuando se lanzó imprudente a la faena del Cruzado, y si ambicionó y acumuló riquezas, no encontró mejor inversión de las mismas que ensanchar los dominios de la Cristiandad y de la corona de Castilla, y gastó lo propio y contrajo deudas para ir por tierra buscando Cibola y Quivira, y preparar por mar la conquista del Catai y de las islas especieras”.

Hernando de Soto,—“el de Nicaragua”—era regidor y rico vecino de León (Nicaragua), pero tentado por los planes de Pizarro, puso su persona y su fortuna—en armas, caballos, barcos y soldados— al servicio de la conquista del Perú. De su aventura cobró otra vez riquezas—que apenas pagaron el arroyo y que no valían uno sólo de los peligros pasados—, pero gozó de ellas, porque otra vez la tentación de la aventura pudo ó mejor que el disfrute de la riqueza, y gastó a manos amparadas preparando la trágica expedición a la Florida, donde el varón ejemplar, que renunciara caballerescamente a la gran vida del opulento, vivió y

(1). Es interesante hacer notar que quienes más han esparcido la calumnia contra los conquistadores hispanos—acusándolos de “crueles e insaciables buscadores de oro”—son los escritores de raza anglosajona, “los hijos de las razas—como dice Riva-Agüero—en que es más violenta e insaciable la sed de lucro”. Conforme a nuestro refrán popular que dice: “el que las usa se las imagina”, ellos juzgan con su criterio interesado y materialista—criterio propio—lo que fue concebido y realizado con espíritu caballeresco y católico. Y, naturalmente, no pueden explicarlo de otra manera!

Para lograr, simplemente, una comparación; confrontemos con las ordenanzas de los reyes castellanos que hemos transcrito en el texto, la célebre e histórica respuesta de los reyes británicos a un grupo de colonos de Norteamérica, que le pedían la fundación de un colegio para asegurar la formación religiosa y moral de sus hijos. Respondieron en forma lapidaria: “Condénense vuestras almas inmortales! ¡Dedicaos a la cosecha del tabaco!”

(2).—Constantino Bayle: “Hernando de Soto”.

murió en heroísmo incesante: hambriento, harapiento, entre seivas, ciénagas, peligros y enemigos.

Digase lo mismo del inconmensurable Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de Ojeda, del juvenil Balboa, del formidable anciano Pedrarias —que a los 80 años andaba aún fundando Nicaragua—, de Menéndez de Avilés que prometió y cumplió a Su Majestad el más sublime voto de conquistador: “Y así tengo ofrecido a Nuestro Señor que quanto en este mundo me diere, tubiere, ganare y adquiriere, será para meter el Evangelio en esta tierra y alumbrar a los naturales della”. ¿No nos dá Bernal Díaz del Castillo la lista de conquistadores del Anahuac, que después de haber triunfado y de haber sido premiados con ricas encomiendas, renunciaron a todo y vistieron el sayal del fraile para ir a predicar el evangelio a los indígenas? Y el más acusado de todos

“don Francisco Pizarro que tenga por nombre
con mucha razón **“el buen capitán”** (1)

¿qué destino dió a las riquezas conquistadas sino fundar y construir un reino, engrandecerlo, culturizarlo, evangelizarlo y vivir y morir en él como laborioso hidalgo fundador?

Todos ellos buscaban el oro, pero el oro, una vez conseguido, lo ponían a sus pies, para abrirse un camino infinito, mesiánico, donde la gloria personal casi se confunde con la extensión del Reino de Cristo. De este modo, la Historia vuelve a contradecir a la Leyenda. Más que un aprecio, notamos un desprecio por el oro. Quienes lo buscaban y llegaban a poseerlo a millones, sabían desprenderse de él con una elegancia que sólo tiene un adjetivo: cristiana. La Leyenda ha confundido la Edad de Oro con la edad del oro que es muy posterior. Y actual...

Pero ¿ser lo que no se puede desprenderse el Conquistador, el español, era de la Fé, de la fé a la vez, conquistadora, batallante. “Toda España es misionera en el siglo XVI —dice Maeztu—. Toda ella parece llena del espíritu que expresa Santiago el Menor cuando dice al final de su epístola, que “El que hiciera a un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados” (v. 20). Lo mismo los reyes, que los prelados, que los soldados, todos los españoles del siglo XVI parecen misioneros. “Todo un pueblo en misión”.

Esa fé en acción era el resultado del largo, secular y heroico noviciado de la Reconquista. Toda la historia nacional de España había sido una lucha por la Fé contra los Moros. Cuando la fuerza de esa cruzada interna desbordó las fronteras nacionales, el río no cambió sus aguas sino que siguió adelante —por la Fé— hacia el Imperio. Ya Europa se entregaba al recreo galante y pagano del Renacimiento, olvidada de sus medioevales cruzadas; con cambio España, cuerpo a cuerpo con Mahoma y día a día, libraba la cruzada de su Fé que era también la cruzada de su libertad.

Más allá de los Pirineos nadie recordaba las ardientes palabras

(1) - “Crónica Poemática” (1538).

de Bernardo, "el Monje Político". Pero en tierra española la cruzada ideal de Raimundo Lullio sonaba a rebato todavía y los caballeros no olvidaban que después de rescatar "la tierra de María Santísima", quedaba aún la tierra santa del Hijo. Y el Santo Sepulcro.

Entre estas dos cruzadas se atravesó América. Todavía Ysabel—en pláticas con Colón anteriores al descubrimiento—hizo voto de emplear todos los tesoros que trajese de la India el Almirante, en armar una Cruzada para libertar el Santo Sepulcro. ¡Signó para siempre, con este voto el Destino de América! Sus tesoros servirían para una cruzada—y así sirvieron,—pero rescatar un continente sepultado en las sombras de la satanidad. Y para algo más: para la "cruzada civil", interna, europea, de la Contrarreforma.

América surgió en ese clima religioso en que la obra de la fé se concebía—según dice Maeztu—como un combate. Primero: la Reconquista. Después: la Contrarreforma. Primero: la Esperanza. Luego, como ya dije, la desesperación. Porque España soñó en América como en el remate del Occidente cristiano y cruzado. Pero luego, acosada por la tragedia luterana de Europa, tuvo que pensar en América como en una columna de apoyo, como en una reserva, para el gigantesco esfuerzo de salvar el occidente herético y disgregado. Así, Felipe II, vuelve a mirar a América con la mirada precolombina de Ysabel. Confirma el destino ecuménico de América, haciendo voto—como su antecesora—de emplear los tesoros de Indias en armar una Cruzada para libertar a Europa. Ha variado el mundo, pero España permanece. El espíritu combativo de la fé española, el ánimo de cruzada se agudiza aún más ante la amenaza interna. "No había entonces español—dice Maeztu—que no tuviera conciencia de ser España la nueva Roma y el Israel cristiano". Basta leer un poco la literatura de esos siglos, las crónicas, las cartas y relaciones de los conquistadores para sentir a bocanadas ese viento impetuoso que movió nuestra epopeya. Yo siempre he encerrado ese ímpetu, en el alfa y omega de los dos grandes capitanes de la conquista. "Y Cortés dijo —escribe Bernal Díaz—: Hermanos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos". Así comenzó su obra. Mientras Pizarro, herido de muerte por sus enemigos,—en la hora suprema de la sinceridad—"soltó la espada, se olvidó de sus asesinos y tomando en sus manos su propia sangre que salía de la herida, trazó con ella en el suelo una cruz, y expiró besándola". Así terminó su obra.

América sólo cabe entre esas dos señales. "Está sellada profundamente—dice el francés Luis Bertrand—con este carácter religioso. El espíritu que anima e inspira las ordenanzas de los soberanos españoles y la conducta de los virreyes, es el mismo que sostenía la cruzada contra los moros y empujaba a Colón a la conquista de las Indias; la propagación de la fé cristiana. **Hay que partir de aquí, si se quiere comprender algo de la colonización española en América.** De no tener esta idea constantemente presente, se corre el riesgo de interpretar mal la colosal obra realizada en el Nuevo Mundo por los Conquistadores".